

# LAS MEJORES HISTORIAS DE TERROR I

STEPHEN KING,  
RAMSEY CAMPBELL, HARLAN ELLISON...

**Super  
TERROR**

Lo oculto, lo sobrenatural,  
lo sangriento... un delicioso  
escalofrío de terror en cada  
página.



He aquí reunidos, por primera vez en lengua castellana, los más importantes escritores anglosajones del género de terror con lo más nuevo y representativo de su obra:

—El gran maestro Stephen King nos habla de un juguete de cuerda, de un mono cuyos platillos, al entrechocar, señalan la diferencia entre la vida y la muerte.

—Ramsey Campbell nos cuenta cómo la magia y la obsesión pueden hacer que la imaginación se convierta en terrible realidad.

—Harlan Ellison nos habla de una mujer lobo, que necesita a la vez amar y matar para sobrevivir.

—Peter Shilston revive la más pura tradición del horror gótico a través de una iglesia abandonada y una catacumba llena de momias&

Y así hasta nueve estremecedores relatos que son ya clásicos del terror.

Las mejores historias de terror | Stephen King & Ramsey Campbell & Neil Olonoff & Dennis Etchison & Peter Shilston & T. E. D. Klein & William Relling jr. & Harlan Ellison & Peter Valentine Timlett

Para Barbara, a quien un buen escalofrío le gusta casi tanto como una buena fiesta.

## INTRODUCCIÓN

*Si es cierto que el gran resurgimiento periódico de la popularidad del género literario de terror se produce siempre en épocas de grandes crisis mundiales (morales, políticas, económicas, etc.), entonces es indudable que en la actualidad nos hallamos en un momento excelente. Tras la gran depresión americana de 1929, se produjo efectivamente un gran renacimiento del género de terror en todos sus aspectos. En cine vimos el nacimiento de mitos tales como Frankenstein, King Kong... En literatura fue la edad dorada de la revista *Weird Tales* y de autores como Lovecraft, Derleth y Howard. Ante los estremecimientos de la realidad, afirman los sociólogos, el público deseaba evadirse con los estremecimientos proporcionados por la ficción, comprobando a través de ella que podían existir terrores más grandes y más terribles que aquellos que cercaban su vida cotidiana.*

*Por supuesto, es un absurdo intentar comparar la situación actual del mundo con la existente tras la gran crisis de 1929. No se ha producido ningún crack espectacular que haya hecho desmoronarse de golpe todo un modelo de sociedad. Sin embargo, en el fondo, las condiciones son casi paralelas... Desde los inicios de los años setenta, sobre todo desde que se desatara la gran crisis del petróleo, el mundo vive en una época de progresiva depresión, de la cual está intentando salir por todos los medios. Y en el proceso, como era de esperar, los géneros que algunos llaman ya la «literatura de la desesperación», entre ellos el terror,*

vuelven a estar de moda. En el campo que nos ocupa surgen autores como Stephen King, que consiguen índices de venta jamás alcanzados hasta ahora y crean verdaderas escuelas de seguidores. En cine, la plasmación en imágenes de las propias obras de King, y otras películas de terror claramente alegóricas de las angustias de nuestro tiempo como *El exorcista*. La profecía, etc., deleitan con morbosos estremecimientos al espectador. En los Estados Unidos, revistas como *Cavalier*, incluso el propio *Playboy*, no dudan en ofrecer a menudo en sus páginas relatos de terror. Se crean antologías de relatos terroríficos que reciben gran aceptación: Charles L. Grant crea su serie *Shadows*, Ramsell Campbell edita sus *New Terrors*, Kirby McCauley su *Dark Forces*, la editorial Pan Book lleva ya veintiún volúmenes de su *Pan Book of Horror*, y muy recientemente aparece una nueva revista periódica, *The Twilight Zone Magazine*, que se pone a la cabeza de todas las revistas del género existentes con la intención, que se está convirtiendo en realidad, de ser una resurrección de la gran revista *Weird Tales*.

Y también hay otro dato digno de hacer notar. Aunque siempre ha existido un mercado mundial para el relato de terror, los años cincuenta, sesenta y parte de los setenta se han caracterizado por una gran carestía de autores. Las antologías publicadas durante esos años recogían invariablemente los relatos clásicos de Poe, Wilkie Collins, Ambrose Bierce, Saki, Jacobs, M. R. James, Blackwood, Machen, Lovecraft evidentemente... y algún que otro relato aislado de un autor más moderno, de calidad a veces algo más que discutible. Esto, en la segunda mitad de los años setenta y principios de los ochenta, ha cambiado radicalmente. Respondiendo a las exigencias del mercado, han surgido nuevos y excelentes autores del relato de terror. Stephen King puede que sea el más notorio gracias a la popularidad que ha obtenido, pero no es ni con mucho el único. Hay muchos más, y su relación aquí se haría interminable. Ya los irán conociendo.

*En España, sin embargo, seguimos anclados todavía en los autores «clásicos» de terror. Las antologías hasta ahora aparecidas en lengua castellana, aunque algunas de ellas muy estimables ciertamente, se han limitado sin embargo a seguir los esquemas de las antologías norteamericanas de los años cincuenta y sesenta, de tal modo que los relatos que las componen casi son intercambiables de una a otra, si no son en algunos casos los mismos. Las nuevas corrientes del terror, ese «terror urbano» que está imponiéndose cada vez más sobre el «terror sobrenatural» como otro imperativo de nuestras condiciones modernas de vida, esos «nuevos terrores» de pesadillas tecnológicas o basados en las neurosis del hombre actual y que han sustituido a los antiguos mitos terroríficos de honda raigambre medieval, esos psicópatas que han ocupado claramente el lugar de los viejos monstruos, el moderno terror cotidiano que ha usurpado su puesto al viejo terror gótico, todo ello aún sigue siendo casi desconocido para los lectores de habla hispana.*

*Cubrir este hueco es lo que pretenden las series de antologías que se inician con esta, y que seguirán incluyéndose en sucesivos números de esta colección. A través de las selecciones de los más importantes antologistas del género en este momento (Kari Edward Wagner, Ramsell Campbell, Charles L. Grant, etc.), se irá ofreciendo una muestra representativa y válida de los más importantes relatos de terror que están apareciendo en nuestros días. Habrá, por supuesto, relatos de corte clásico, otros kafkianos, muestras de fantasía pura, terror macabro, terror psicológico... Las vertientes del terror son casi infinitas, y ese es uno de sus mayores atractivos.*

*Para este primer volumen de las antologías se ha escogido una de las más celebradas de estos últimos años: la que preparó Karl Edward Wagner para DAW Books (Dónala A. Woliheim es uno de los mayores especialistas norteamericanos de la ciencia ficción, la fantasía y el terror, y es autor*

*también de varios excelentes relatos del género), reuniendo los mejores relatos de terror publicados en lengua inglesa en 1980. Se trata, pues, de una antología a la vez moderna y representativa. Contiene desde el más puro homenaje lovecraftiano (El hombre negro con un cuerno), pasando por el terror que podríamos llamar clásico (Los gatos de Pére Lachaise, Sin ton ni son. El hueco), gótico (La catacumba), y las nuevas versiones de antiguos mitos (Pisadas), hasta ese otro terror que podríamos llamar «experimental». (De guardia. El Rey). Sin olvidar, por supuesto, el extenso y magnífico relato del indiscutido maestro del género en la actualidad y que abre la antología: El mono, de Stephen King, un auténtico best-seller del relato corto, muy en la línea de su autor. Y recuérdelo: este volumen es solo un principio. Seguirán más: estén atentos a ellos.*

*Mientras los esperan, que ustedes se estremezcan bien.*

DOMINGO SANTOS

## El mono

Stephen King

*Uno de los hitos para los aficionados al terror durante los años sesenta fue una serie de revistas editadas con ostentoso vulgaridad y seleccionadas por Robert A. W. Lowndes para algo llamado Health Knowledge, Inc. Los títulos que tuvieron una vida más prolongada de sus varias series fueron Magazine of Horror y Startling Mystery Stories; en su mayor parte reeditaban historias de otro modo inaccesibles de fuentes tales como las míticas Weird Tales y Strange Tales, con alguna ocasional historia original, normalmente ilegible, firmada por alguien de quien nadie nunca había oído hablar. Ramsey Campbell, que por aquel entonces tenía ya un libro en su haber, era uno de tales oscuros escritores, y otro era Stephen King, que vendió a esas revistas sus primeras dos historias (por un precio conjunto de sesenta y cinco dólares).*

*Nacido el 21 de septiembre de 1946 en Portland, Maine, King empezó a escribir a la edad de doce años. El éxito no fue instantáneo. Tras graduarse en la universidad, trabajó en una lavandería por sesenta dólares a la semana antes de encontrar un trabajo docente en una escuela superior por seis mil cuatrocientos dólares al año. Sus primeras novelas consi-*



*guieron tan solo cartas de rechazo, pero en las revistas para hombres, particularmente Cavalier, King encontró un mercado dispuesto a recibir los relatos cortos de horror, y decidió probar fortuna con la novela de horror popular. Allí King tuvo algo más de suerte: su primera novela, Carrie, fue publicada en 1974, seguida por Salem's Lot (La hora del vampiro), The Shining (El resplandor), la colección de relatos Night Shift (En el umbral de la noche), The Stand (La danza de la muerte), The Dead Zone (La zona muerta), y Firestarter (Ojos de fuego). Su éxito fue tal que es muy poco probable que King tenga que volver alguna vez a su trabajo en la lavandería. El mono se publicó como una separata inserta en el número de Gallery de noviembre de 1980... uno de los lugares más inusuales para que puedan perseguirlo los coleccionistas de primeras ediciones. Mientras lo leía, he intentado recordar qué le ocurrió al monito de cuerda que yo tenía cuando era un chiquillo. He intentado recordarlo intensamente...*

Cuando Hal Shelbum lo vio, cuando su hijo Dennis lo sacó de una deteriorada caja de Ralston-Purina que había sido arrinconada bajo un montón de trastos en una buhardilla, brotó en él una sensación tan grande de horror y desánimo que por un momento creyó que iba a lanzar un grito. Apretó un puño contra su boca, como para empujarlo de vuelta y tragárselo... y entonces se limitó a toser tras su puño. Ni Terry ni Dennis se dieron cuenta de aquello, pero Petey miró a su alrededor, momentáneamente curioso.

—¡Eh, qué bonito! —dijo Dennis con deferencia. Era un tono que Hal raramente obtenía ya de su hijo. Dennis tenía doce años.

—¿Qué es? —preguntó Petey, y miró de nuevo a su padre antes de que sus ojos fueran atraídos otra vez hacia

aquello que su hermano mayor había encontrado—. ¿De qué se trata, papá?

—Es un mono, chico listo —dijo Dennis—. ¿Nunca habías visto un mono antes?

—No llames a tu hermano chico listo —dijo Terry automáticamente, y se puso a examinar una caja llena de cortinas. Las cortinas estaban apolilladas, y las dejó rápidamente—. Uf.

—¿Puedo quedármelo, papá? —preguntó Petey. Tenía nueve años.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Dennis—. ¡Lo encontré yo!

—Chicos, por favor —dijo Terry—. Me estáis dando dolor de cabeza.

Hal apenas les oyó... a ninguno de ellos. El mono resplandecía imprecisamente entre las manos de su hijo mayor, sonriendo con su vieja sonrisa familiar. La misma sonrisa que había atormentado sus pesadillas cuando era niño, atormentado hasta que él...

Afuera sopló una repentina ráfaga de viento, y por un momento unos labios sin carne hicieron sonar una larga nota a través del viejo y oxidado canalón. Petey se acercó a su padre, los ojos fijos de modo intranquilo en las vigas de madera del techo de la buhardilla, llenas de clavos.

—¿Qué ha sido eso, papá? —preguntó cuando el silbido murió en un zumbido gutural.

—Solo el viento —dijo Hal, sin dejar de mirar al mono.

Sus platillos, más bien medias lunas de latón que círculos completos, estaban inmóviles a la débil luz de una bombilla desnuda, quizás a treinta centímetros de distancia el uno del otro. Añadió automáticamente:

—El viento puede silbar, pero no puede entonar una canción.

Entonces se dio cuenta de que esta era una de las frases de su tío Will, y un escalofrío recorrió su espina dorsal.

La larga nota llegó de nuevo con el viento procedente del Crystal Lake en un largo y zumbante descenso y luego vibró en el canalón. Media docena de pequeñas ráfagas lanzaron el frío aire de octubre contra el rostro de Hal... Dios, aquel lugar era tan parecido al cuarto trastero de la casa en Hartford que parecía como si todos ellos hubieran sido transportados a treinta años atrás en el tiempo.

*No debo pensar en eso.*

Pero el pensamiento no podía ser rechazado.

En el cuarto trastero donde encontré ese maldito mono en esa misma maldita caja.

Terry se había apartado un poco para examinar una canasta de madera llena con chucherías, y caminaba agachada debido a la fuerte inclinación del techo.

—No me gusta —dijo Petey, y buscó la mano de Hal—. Dennis puede quedárselo si quiere. ¿Nos vamos, papá?

—¿Tienes miedo a los fantasmas, gallina? —inquirió Dennis.

—Dennis, ya basta —dijo Terry ausentemente, mientras cogía una tacita de hojalata con un dibujo chino—. Esto es bonito. Creo que...

Hal vio que Dennis había encontrado la llave de la cuerda en la espalda del mono. El terror aleteó con negras alas en su interior.

—¡No hagas eso!

Sus palabras brotaron más agudas de lo que hubiera deseado, y había arrancado el mono de entre las manos de Dennis antes de darse cuenta de lo que hacía. Dennis miró a su alrededor y luego a él, sorprendido. Terry miró también hacia atrás por encima de su hombro. Y Petey alzó los ojos. Por un momento todos permanecieron en silencio, y el viento silbó de nuevo, muy suavemente esta vez, como una desagradable invitación.

—Quiero decir que lo más probable es que esté roto —dijo Hal.

*Solía estar roto... excepto cuando deseaba estar arreglado.*

—Bueno, pero no hacía falta que me lo quitaras —dijo Dennis.

—Dennis, cállate.

Dennis parpadeó, y por un momento pareció casi inquieto. Hal no le había hablado de forma tan cortante desde hacía mucho tiempo. Desde que había perdido su trabajo en la National Aerodyne en California hacía dos años y se habían mudado a Texas. Dennis decidió no seguir adelante con aquello... por ahora. Se volvió de espaldas a la caja de Ralston-Purina y de nuevo empezó a revolver trastos, pero todo lo que había era pura basura. Juguetes rotos mostrando sus tripas de relleno y muelles.

El viento era más fuerte ahora, ululando en vez de silbar. La buhardilla empezó a crujir suavemente, haciendo un ruido como de pasos.

—Por favor, papá —pidió Petey, apenas lo suficientemente alto como para que su padre le oyera.

—Sí —dijo este—. Terry, vámonos.

—No he terminado con este...

—He dicho vámonos.

Ahora le tocó a ella mostrarse asombrada.

Habían tomado dos habitaciones contiguas en un motel. Aquella noche a las diez, los chicos estaban durmiendo en su habitación y Terry estaba dormida en la habitación de los adultos. Había tomado dos Valium en el camino de vuelta desde la vieja casa en Casco, para librarse de la migraña. Últimamente tomaba mucho Valium. Había empezado aproximadamente en la época en que la National Aerodyne había despedido a Hal. Durante los últimos dos años él había estado trabajando para la Texas Instruments... Eran cuatro mil dólares menos al año, pero al menos era un trabajo. Él le había dicho a Terry que tenían suerte. Ella había asen-

tido. Había muchos especialistas en *software* cobrando el desempleo, había dicho él. Ella había asentido. El empleo en Amette era exactamente igual de bueno que el puesto en Fresno, había dicho él. Ella había asentido, pero él tuvo la impresión de que su asentimiento era una mentira.

Y él estaba perdiendo a Dennis. Podía sentir al chico alejándose, alcanzando una prematura velocidad de escape. Adiós, Dennis. Hasta otra, desconocido. Fue bueno compartir este tren contigo. Terry deda que el chico fumaba marihuana. Podía olerlo a veces. «Tienes que hablar con él, Hal». Y él había asentido, pero hasta ahora no lo había hecho.

Los chicos estaban durmiendo. Terry estaba durmiendo. Hal se metió en el cuarto de baño, cerró la puerta, se sentó en la tapa del inodoro y miró al mono.

Odiaba su aspecto, su blando y lanudo pelaje marrón, pelado en algunos lados. Odiaba su sonrisa... Ese mono sonríe exactamente igual que un negro, había dicho en una ocasión el tío Will, pero no sonreía como un negro, no sonreía como nada humano. Su sonrisa era todo dientes, y si se le daba cuerda, sus labios se movían, sus dientes parecían hacerse más grandes, convertirse en los dientes de un vampiro, los labios se contorsionaban y los platillos sonaban. Estúpido mono, estúpido mono a cuerda, estúpido, estúpido...

Lo dejó caer. Sus manos estaban temblando y lo dejó caer.

La llave chasqueó contra las baldosas del cuarto de baño cuando golpeó el suelo. El sonido pareció muy fuerte en el silencio y la quietud. Se quedó sonriendo con sus lóbregos ojos ambarinos, ojos de muñeco, llenos con una alegría idiota, sus platillos de latón preparados como para puntuar con sus golpes una marcha interpretada por alguna sombría banda infernal, y en el fondo estampada la frase *Made in Hong Kong*.

—No puedes estar aquí —susurró—. Te tiré al pozo cuando yo tenía nueve años.

El mono le sonrió desde el suelo.

Hal Shelburn se estremeció.

Afuera, en la noche, un negro soplo de viento sacudió el motel.

Bill, el hermano de Hal, y Collette, la esposa de Bill, se encontraron con ellos en la casa del tío Will y la tía Ida al día siguiente.

—¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez que una muerte en la familia es una forma realmente asquerosa de renovar las relaciones familiares? —le preguntó Bill con el principio de una sonrisa. Había sido bautizado así en honor al tío Will. Will y Bill, campeones del rodayo, acostumbraba a decir el tío Will, y revolvía el pelo de Bill. Era una de sus frases... como que el viento puede silbar pero no puede entonar una canción. El tío Will había muerto hacía seis años, y la tía Ida había vivido desde entonces allí sola, hasta que la semana anterior un ataque al corazón se la había llevado. Todo muy repentino, había dicho Bill cuando llamó desde larga distancia para darle a Hal la noticia. Como si él pudiera saberlo, como si cualquiera pudiera saberlo. Había muerto sola.

—Sí —dijo Hal—. He pensado en ello.

Miraron juntos el lugar, la vieja casa donde habían terminado de crecer los dos. Su padre, un marino mercante, había desaparecido como si hubiera sido borrado de la faz de la Tierra cuando ellos eran pequeños; Bill decía que lo recordaba vagamente, pero Hal no tenía ni el menor recuerdo de él. Su madre había muerto cuando Bill tenía diez años y Hal ocho. Entonces se trasladaron a casa del tío Will y de la tía Ida desde Hartford, y fueron criados allí, y fueron a la universidad allí. Bill se había quedado y ahora era un rico abogado en Portland.

Hal observó que Petey se estaba alejando hacia las zarzamoras que crecían en el lado oriental de la casa, formando una tupida maraña.

—Apártate de ahí, Petey —dijo.

Petey le devolvió una interrogadora mirada. Hal sintió que su sencillo amor hacia el muchacho le inundaba... y entonces, repentinamente, pensó de nuevo en el mono.

—¿Por qué, papá?

—El viejo pozo está en algún lugar por aquí —dijo Bill—. Pero que me condene si recuerdo exactamente dónde. Tu papá tiene razón, Petey... Esa maraña de zarzamoras es un lugar del que es mejor permanecer alejado. Los pinchos harían un buen trabajo contigo. ¿No es así, Hal?

—Exacto —dijo Hal automáticamente.

Petey se apartó del lugar, sin mirar hacia atrás, y luego bajó por el malecón hacia la pequeña playa de guijarros donde Dennis estaba arrojando piedras al agua. Hal sintió que algo en su pecho se aflojaba un poco.

Bill podía haber olvidado dónde estaba el viejo pozo, pero a última hora de aquella tarde, Hal se dirigió directamente hacia allá, abriéndose camino entre las zarzas que desgarraron su vieja chaqueta de franela y buscaron sus ojos. Llegó junto a él y se detuvo allí, respirando pesadamente, mientras contemplaba las podridas y combadas planchas de madera que cubrían su boca. Tras un momento de vacilación, se arrodilló (sus rodillas crujieron como dos secos disparos de pistola) y apartó a un lado dos de las tablas.

Desde el fondo de aquella húmeda garganta rodeada de piedra, un rostro se le quedó mirando: los ojos muy abiertos, la boca distorsionada en una mueca, y un lamento escapando por ella. No era fuerte, excepto en su corazón. Allí había resonado con intensidad.

Era su propio rostro, reflejado en la oscura agua.